**FUNERAL POR D. MIGUEL PÉREZ DÍEZ**

**Santa María de La Bañeza**

**Enero de 2017**

Hemos comenzado nuestra celebración exequial colocando sobre el féretro de nuestro hermano sacerdote D. Miguel Pérez Díaz el Leccionario que contiene la Palabra de Dios que proclamamos en las celebraciones de la eucaristía. Al mismo tiempo hemos pedido al Señor para nuestro hermano, “que tuvo en este mundo la misión de anunciar el Evangelio de Cristo, goce ahora contemplando cara a cara, aquella misma Verdad que, cuando vía en la luz limitada de este mundo, vislumbró en la Palabra de Dios que con celo predicó”.

La predicación de la Palabra de Dios es una de las tareas más importantes, aunque no exclusiva, del sacerdote. Predicar la Verdad y predicarla con celo dice la oración que hemos dicho. La Verdad que contiene la Palabra de Dios es única porque es Dios mismo quien nos revela su Misterio en Jesucristo; y, al revelarnos su Misterio nos revela también el misterio que encierra en sí el propio hombre. Porque la Palabra de Dios, acabamos de escuchar en la Carta a los Hebreos, “es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón. Nada se oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de Aquél a quien hemos de rendir cuentas”.

El primero en ser juzgado, herido y al mismo tiempo curado por la Palabra es el propio sacerdote. Al preparar nuestras homilías y catequesis, los sacerdotes debemos hacernos un examen de nuestra vida ante la Verdad de la Palabra de Dios. En este examen de vida descubriremos siempre una llamada a la perfección, una llamada a ser santos como nuestro Padre celestial es santo. Entonces lo que digamos como explicación de la Palabra no será fruto sólo de lo que hemos oído en las clases de Escritura sino de lo que hemos vivido y experimentado en nuestra vida. Los fieles notáis perfectamente cuándo el sacerdote ha preparado la homilía o la catequesis y sus palabras responden a la Verdad y son corroboradas por estilo de vida sacerdotal coherente. Por tanto, predicar la Palabra no significa hablar con mucha elocuencia o con un discurso bien trabado o por largo tiempo. Predicar la Palabra significa decir la Verdad y hacerla compresible al Pueblo de Dios y a todos los hombres que lo buscan con una vida cristiana y sacerdotal auténtica.

Cuando esto sucede en la vida de un sacerdote –también en la vida de los padres respecto de los hijos- entonces, la Palabra es viva y eficaz. Llega hasta lo más profundo del alma y deja al descubierto aquellas zonas de nuestro ser que aún no han sido evangelizadas y necesitan la luz de la Verdad para salir del error y de la mentira. Es entonces cuando, con la ayuda de la gracia de Dios, las personas se abren a la conversión y sienten el deseo de avanzar en la perfección de la vida cristiana.

Por tanto, es muy importante para la propia vida del sacerdote y para el progreso espiritual del Pueblo de Dios, que los sacerdotes nos preparemos para predicar la Palabra de Dios, sobre todo en la homilía de las misas dominicales. A este respecto el Papa Francisco nos dice a los sacerdotes: “La homilía es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo. De hecho, sabemos que los fieles le dan mucha importancia; y ellos, como los mismos ministros ordenados, muchas veces sufren, unos al escuchar y otros al predicar. Es triste que así sea. La homilía puede ser realmente una intensa y feliz experiencia del Espíritu, un reconfortante encuentro con la Palabra, una fuente constante de renovación y de crecimiento”.

Nuestro hermano D. Miguel gastó su vida sacerdotal predicando a tiempo y a destiempo la Palabra de Dios. Constituido ministro del Evangelio de Cristo por el Sacramento del Orden quiso hacer llegar el mensaje de misericordia y de salvación que el Señor nos reveló a todos los fieles. Comenzó su vida sacerdotal en el año 1956 en las parroquias de Vecilla de la Vega y San Román el Antiguo. En el año 1963 asumió las parroquias de Bustillo del Páramo y Matalobos del Páramo. Su última parroquia fue Nuestra Señora del Carmen donde estuvo como párroco desde el año 1985 hasta el año 2007 que se jubiló cuando contaba 79 años de edad. Cincuenta y un años predicando la Palabra de Dios y manteniendo la fe del Pueblo de Dios. No tenemos elementos humanos para poder evaluar el bien que nuestro hermano ha hecho con su palabra, con sus consejos, con sus homilías, con sus catequesis. Sólo Dios lo sabe y por eso le hemos pedido que lo recompense ahora “contemplando cara a cara aquella misma Verdad que predicó en este mundo”.

Nuestro hermano sacerdote predicó con celo apostólico la Palabra de Dios y se hizo todo a todos para ganar a algunos para Cristo y comprometerlos también en la tarea de extender el Reino de Dios hasta los confines de la tierra. D. Miguel conoció en sus parroquias esa época dorada de las vocaciones religiosas que ha tenido nuestra diócesis de Astorga en la década de los años cincuenta y sesenta. Su predicación de la Palabra de Dios y su testimonio, sin duda, fueron instrumentos que el Señor utilizó para suscitar en aquellos jóvenes el deseo de consagrar su vida al Señor y a su Evangelio.

Hoy, nuestra situación es bien distinta. La sequía vocacional que padecemos es un hecho que nos inquieta y preocupa. ¿Por qué el Señor no nos concede vocaciones o por qué los jóvenes no escuchan la llamada de Dios en su corazón? Es una incógnita. Sigamos confiando en que la gracia de Dios mueve los corazones de los hombres hacia sí cuando quiere y como quiere. Por nuestra parte, sigamos predicando con celo la Palabra de Dios y dando buen ejemplo sacerdotal. Estoy seguro que con la ayuda de la gracia se suscitará en los pocos jóvenes que quedan en nuestras comunidades parroquiales el deseo de seguir a Jesús en la vida consagrada, en el sacerdocio o en la vida matrimonial.

Una vez jubilado de todos sus cargos, D. Miguel, vía aquí en la Bañeza con su hermana y su hermano. Quiero agradecerles los desvelos y atenciones que han tenido con él. Pero especialmente quiero agradecerles el ambiente religioso de piedad y de fe que se respiraba al entrar su casa. Así, en este excelente ambiente, rodeado del amor de Dios y de sus hermanos, D. Miguel entregó su alma sacerdotal al Señor ayer a la hora del Ángelus.

Pedimos a la Virgen María que lo acompañe hasta la Luz resplandeciente de la Verdad y contemple para siempre con gozo y alegría el rosto de Dios Nuestro Señor. El rostro de Dios que nosotros, ahora, contemplamos velado bajo las especies del pan de y del vino eucarístico.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga